Sandra Becerril

EL CARNAVAL DIABÓLICO

OTROS MUNDOS

© Sandra Becerril, 2024

Diseño de portada: Daniel Bolívar

Fotografías de *collage* de portada: ©Shutterstock

© 2025 Hachette Editorial México, S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Azcapotzalco, 02400, Ciudad de México

Primera edición, mayo de 2025

ISBN: 978-607-574-872-6

Todos los derechos reservados conforme a la ley. Queda estrictamente prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y explotación, sea total o parcial, a través de cualquier medio mecánico o electrónico y sin la autorización escrita del titular del *copyright*.

Igualmente, se prohíbe su uso para el entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial o minería de datos y textos y, en general, cualquier desarrollo y comercialización de sistemas, herramientas o tecnología de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitado a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en esta obra.

Las características de esta edición, así como su contenido, son propiedad de Hachette Editorial México, S.A. de C.V.

Impreso en México — Printed in Mexico

Para Ender

Hay paisajes que son idílicos, inspiradores. Pero cuando comprendes que es lo último que verás, se transfiguran en muerte.

Nadie está preparado para este momento.

Sabes que llegará, no hay escape del límite de la vida. Y lo póstumo a lo que se aferran tus ojos permanece en el limbo de tus pensamientos: tu automóvil estrellándose, la calle solitaria, el techo de un hospital, las manos del médico, la habitación, tu reflejo en la mirada de tu asesino…

"Soy tu último recuerdo", recalcó. Tenía razón. Una vez que abres la puerta al infierno, por curiosidad, ignorancia, morbo, es imposible de cerrar. Ha sido liberado y los parches de realidad no sirven más que para fingir una monótona paz que se debate en el filo de la cordura, de un lado hacia otro, tambalea. Resbala. Siempre cae. El abismo no tiene fondo, es un hambre voraz por devorar todas las almas, por mostrar las fauces de su venganza. Sin piedad.

Quise volver a lo que dejé atrás, lo que un día creí que era secundario, que no importaba, que me estorbaba. Al rostro del que me amó, a la inocencia de su niñez, al cuerpo tibio que me arropaba en las pesadillas. Intenté dar vuelta hacia lo que dejé escapar porque siempre habría otra oportunidad. Creemos que existe el futuro, que está ahí esperando. Y posponemos todo, ramificamos nuestra vida en decisiones idiotas, porque nos encanta mentirnos y simular que siempre estará ese alguien esperándonos. Hasta que un día lo intentas y con pavor debes reconocer que ya no hay nadie en ese camino. Y estás sola.

Fui la niña más miedosa que conocí. Todo me aterraba: la noche, los perros, la muerte, lo desconocido y dormir. Eso sobre todo, porque cuando duermes estás indefenso.

Muchas veces escuché que a los adultos les gustaría morir cuando estuviesen dormidos. Creían que les brindaba paz. Pero yo siempre supe que no era así. Mi gran secreto eran las pesadillas que sufría cada vez que cerraba los ojos. Todas las noches me torturaron con una realidad que me asfixiaba. Para mí eran reales, tangibles. Aprendí los olores de los fantasmas que en mis sueños se trepaban a mi espalda bebiéndome la vida; conocí los laberintos en que se convertía mi casa, cuando despertaba dentro del sueño, para volver a la tortura interminable; saboreé la sangre que goteaba en mis labios cuando un hombre sonriente, con la boca rota hasta las orejas y cuello de serpiente, me miraba desde el techo y me lamía con su lengua plagada de ámpulas reventadas sin que pudiera moverme, por la

parálisis de sueño que no sabía que tenía, con la sensación de la muerte sobre mí.

Lo peor venía cuando intentaba despertar. Parecía hacerlo. Me liberaba con esa sensación parecida a un suspiro cuando sabes que estás a salvo. A veces me levantaba buscando a mi mamá, o a mi gatita. Al salir de la habitación me daba cuenta de que seguía dormida y afuera sería peor. Había algo que me indicaba que seguía atrapada en la pesadilla, quizás una puerta que faltaba, un animal que me miraba con ojos humanos jugando con mis muñecas, o el cadáver de mi madre retorciéndose en una habitación con un abismo debajo, repleto de partes humanas que se movían agusanadas y resbalosas intentando alcanzarla. Nunca pude salvarla en mis sueños.

Recordaba todo al escapar de mi prisión nocturna con tanto detalle que hubo días en los que creí que seguía dormida, confundida con la realidad.

Mi papá nos dejó poco después de que mis terrores nocturnos comenzaran. Nunca me creyó, decía que mis ojeras y mis parasomnias eran nervios por ir a la escuela. Lo minimizó: "Sólo son sueños, no pasa nada".

Mi vida despierta no era mejor. Las niñas de la escuela tenían una crueldad innata y les temía. Me sentía pequeña, indefensa, estúpida. Me patearon, robaron mis cuadernos, cortaron mi cabello y me dejaron encerrada en el baño ante mis gritos desesperados sólo porque existía cerca de ellas. Iba en una escuela católica. Ahí aprendí que Dios no creía en mí y que yo no tendría por qué creer en mí. Un semillero de ateos.

Una noche en que le conté mis sueños a mi madre y vi el temor en sus ojos, ese que te dice: "Es imposible… pero qué tal que es cierto. Qué tal que sucede", decidí que el terror me salvaría la vida. Lo abrazaría. Comencé a escribir historias con lo que veía en las pesadillas para exaltar la imaginación de mis compañeras que pronto me acusaron de crear cuentos que no las dejaban dormir. Bien. Si yo no podía, nadie más lo haría, menos aquellas que me torturaban.

Siempre me gustaron las historias de terror. Del verdadero, de aquel que se incrusta en tu piel para impedirte dormir; el que te provoca quitar el vapor húmedo del baño para observar tu reflejo; el que eriza tu dermis pensando que unos dedos muertos te tocaron; el que lame las plantas de tus pies; el que te observa vulnerable mientras duermes con la dulce ignorancia de que ahí, sobre ti, está eso que temes tanto, a centímetros de tus ojos, mirándote con sus cuencas deshabitadas, con sus abismos devorando toda tu vida.

Ese horror. No el que te hace saltar en una butaca para luego reír. No el que se viste de monstruos con hachas y cuchillos persiguiendo adolescentes en cabañas alejadas de la humanidad. No. El que te acompaña desde que lo comprendes con un delicioso morbo de no saberte solo en este jodido mundo.

Y crear horrores. Ya no solo asustar a mis compañeras, sino a sus papás, a los directivos, a mi familia. Ese poder era adictivo. Lo disfrutaba, me alimentaba

de él, de crear pesadillas. Sentía que, si dejaba de ser escritora, dejaría de existir.

En ese tiempo solía decir que de grande quería ser pájaro y volar. Mi mamá reía: "Ser pájaro es muy solitario. Entre más alto vuelas, más sola estás". Su voz de mar me arrullaba por las noches. Quería ser marea para desvanecerme en sus olas. Era mi amor.

Una noche me metió en la cama, me dio un beso en la mejilla y sonrió. "Adiós, Chloe". "No, mami, no adiós. Sólo buenas noches". No quería soltar su mano. "Esta vez es adiós". Me dio otro beso y me quedé sola rezando al ángel de la guarda.

Inquieta, me levanté varias veces a verla. Se veía quimérica, como muñeca de cera. Cuando no despertó más, me recosté en el piso junto a ella, sobre la alfombra, tres días seguidos. Hasta que su cuerpo comenzó a apestar y busqué en pijama a los vecinos: "Mi mamá no despierta desde el lunes".

Dos años seguidos no me dejó dormir. Le pedía que me dejara descansar, que detuviera sus gritos y sollozos para que yo pudiera soñar. Visitaba su tumba en el panteón rogándole que parara. No me hacía caso.

Murió después de haber leído una de mis historias, como si eso la hubiese matado. Se llevó con ella aquella novela porque mi primera computadora la borró. Un día que intenté abrir el archivo, había desaparecido. Tal vez fue lo mejor porque a partir de ahí eliminé mucho de lo que escribí. No era suficiente. Yo no lo era. Necesitaba más, ser perfecta, que algún día mi

padre ausente se apareciera diciendo que había leído mi libro y estaba orgulloso de mí.

No necesité ser pájaro para tragarme a mordidas la soledad. Desde que ella se fue, el mundo dejó de ser el mismo porque me di cuenta de que ella era el aroma de la tierra.

Me cansé de perseguir la felicidad, nunca la sentí en realidad. Lo más cercano era la libertad que me daba escribir terror y provocar pesadillas en otros. La mejor sensación del mundo no es que mi hija llegue a decirme que me ama o que mi esposo se muera de ganas de mí, aunque finja que no. Lo más hermoso del mundo es cuando alguien llega a decirme que no puede dormir a causa de mis historias.

Así que los adultos suelen decir que prefieren morir dormidos. Yo no. Porque si muero en uno de mis sueños me quedaré atrapada en una pesadilla para siempre.

¿Qué harán mis personajes sin mí? ¿Andarán por la Tierra desatados en sus horrores? ¿Estarán derramando sangre en estas letras a través de tu lectura?

Tal vez sea uno de ellos, de esos que me gustaba tanto hacer sufrir.

Cuando sus fauces se cierran sobre ti, ya no hay escapatoria.

Chloe

Los aeropuertos son la cosa más bella de este mundo. Cuando abren sus puertas hacia otra ciudad, otro país, y permiten que el viento te enrede en su calidez, en su nieve o en su humedad. El aire no es igual en ningún lado, el olor, la presencia, la aventura.

Mis letras me han llevado a lugares insospechados con sus alas de tinta. He caído como pluma de nieve en Chicago, en Estrasburgo con su historia y en Pekín perdida.

La ola de calor es inmediata cuando me abren paso para escupirme en este lugar. Arrastro las llantas de mi maleta por el piso frío, frente a comercios de comida rápida y a gente yendo y viniendo de forma anónima o despidiéndose como si jamás se volvieran a ver. Quizás éste sea el último día y no lo saben aún, hacen bien en decir adiós con tanta euforia. Yo no puedo hacerlo. Me gustaría abrazar así, besar con esa pasión, pasear mis manos en la espalda y limpiar las lágrimas del que me despide. Es como si mi corazón estuviera

seco, agrio, colgando de mi organismo para bombear sangre para herir a mis personajes y nada más.

Me detengo un segundo para encender un cigarro y me fijo en una pareja en particular. Ella lo ama, es seguro. Lo sé por la forma en que lo mira, desaparecemos de su universo. Él se va, la besa rápido, tiene prisa, lleva un maletín pequeño. ¿Un viaje de trabajo? ¿Una amante de fin de semana? Ella queda de pie en medio de desconocidos como estatua de sal, a punto de desmoronarse. Ya lo extraña. Ya le hace falta abrazarlo en la cama e imagina cómo será esa noche sin unas piernas a las cuales asirse. Resiste, no quiere que él sepa que es débil. Para la sorpresa del relato que ya me había armado de ambos en "haga su propia película", él vuelve antes de entregar su pasaporte en aduana, la toma del cuello y la besa. Los aborrezco. Se despiden, ahora sí, con abrazos y los pubis como imanes. Quisiera amar así. No recuerdo haber amado así. He deseado mucho, he cumplido esos anhelos y luego me quedo seca en medio de aquella humedad.

Una videollamada suena en mi celular, en la pantalla miro sus ojos, esos que me salvan del vacío, como dos anhelantes luces. Tomé esa foto un día que me fui a algún viaje, ella lloró y las lágrimas partieron su mirada en esta que miro.

—*Mom!*

Sí, soy mamá. Me cuesta trabajo creerlo aun cuando ella lo pronuncia con su voz tímida y dulce. Corre por la casa, alcanzo a ver que Cillian trabaja en su *laptop*, desde su sillón —ese que insiste en conservar— y la observa de reojo. Él no me llamaría, usa a la niña para

que no olvide la existencia de ambos. Hace bien, porque a ratos la suelto para continuar viviendo.

—*Yes, love… mom will return in a couple of days… I know, I miss you too… Love you, baby. Be a good girl with your dad…*

Disfruto extrañarla más que estar con ella. No soy una buena madre. Ni siquiera lo he intentado. Tampoco soy la esposa que Cillian esperaba, la que le prometí. Lo único que soy, que me define, son mis letras y los horrores que imprimo en ellas.

La gente camina como si nada en este desierto. Me detengo junto al aire acondicionado que no es suficiente para despegar la ropa de mi piel que suda como si hubiera corrido el maratón.

Algo me dice un policía. Le explico que no hablo español. No entiendo nada, habla muy rápido, en un tono cantado. Agita las manos. Intento no ver sus tres papadas que sudan entre sus pliegues, un péndulo húmedo que salpica pequeñas gotas a los lados cuando repite la misma palabra. ¿No se da cuenta? No por repetir voy a aprender su significado. Debí hacerle caso a mi esposo y estudiar algo de español antes de venir a Chiapas.

Señala mi cigarro. Lo apago. Se va.

Miro la hora en mi celular quitando el protector de pantalla con la foto de mi hermosa Cindy. Siete de la mañana. Salgo al estacionamiento, entrecierro los ojos ante las sombras blancas que rebotan la luz en los postes y las marcas de los autos. Las siete apenas y ya agonizo por la invasión de calor como si fuera un apocalipsis donde el sol nos devora. ¿Qué me espera a mediodía? Si no fuera por Antún, no habría venido.

No podía negarme a su voz profunda y juguetona. Sólo de pensar en él, en su imagen por Zoom, en las ganas de traspasar la pantalla cuando charlábamos a escondidas en mi estudio en las noches, me provoca una sonrisa involuntaria que percibo hasta que me veo reflejada en las puertas de cristal.

Con una risa muy diferente, ensayada, "de pato", diría la pequeña Cindy, alzo mi teléfono y tomo una fotografía con el aeropuerto detrás. Hay que mantener una imagen, hay que continuar el personaje que me he creado para que forme parte de la fantasía de mis libros, para los lectores. Con un filtro y música mexicana la subo a Instagram donde los quinientos mil seguidores comienzan a darle "me gusta" y a comentar que tenga buen viaje. Algunos en español escriben cosas que no entiendo. Busco la traducción en Google sentada en mis maletas, aguardando a que lleguen por mí. Me molesta que me hagan esperar. Siempre he sido demasiado puntual, cinco minutos extra me angustian, los siento colgados en la espalda y me pesan.

La señal es pésima y tarda minutos en traducir. Ya le pediré a Antún que lo haga por mí. Que haga miles de cosas por mí ya que vine a su festival de terror "El carnaval del diablo" sólo por verlo; me estresa viajar a otros países a firmar libros, a leer mis pesadillas, a mirar a los lectores de frente y ver en sus ojos la emoción o la desesperanza que les causaron mis letras. Si no fuera por él…

Un *flash* detrás me distrae de la aparente concentración que tenía en mi teléfono.

Un hombre moreno, con una cámara de treinta y cinco milímetros, tomó una fotografía mientras mas-

ticaba un cigarro apagado. Tiene cejas raras; los que tienen cejas así me parecen psicópatas. Pudo haber sido a mí o al aeropuerto, intento no darle importancia; desde que un acosador me siguió por las redes, por firmas, por mi calle, me cuesta trabajo no sentirme observada todo el tiempo. Pero, vaya, estoy en otro país, en otra cultura, seguro no me fotografió.

Me mira a través de su lente, fijo, con el dedo preparado para disparar. ¿O sí fue a mí? ¿Me siguió hasta acá? ¿Es uno de esos *paparazzi* que viven de destruir vidas?

El hombre pasa a mi lado sin verme. Me volteo. Escucho que enciende su cigarro. Inhala. Sube a un auto rojo y arranca.

Justo detrás se acerca un Volkswagen Beetle con la pintura deslavada por la constante exposición al sol. Marcas de golpes en la cajuela, un vidrio roto y cubierto por un plástico, lanzando humo por debajo como un anciano que tose a cada paso.

Se detiene frente a mí con los frenos llorosos. Se asoma el conductor con gruesas gotas de sudor resbalando por sus lentes oscuros que esconden unos ojos tan carnosos por los kilos de más que parecen cerrados. La camisa azul pegada a las axilas y los botones sosteniéndola con toda su fuerza, a punto de ceder ante la presión.

—¿Señora Chloe? —se asoma por la ventana del pasajero—. ¡Me dijeron que estaba más vieja! Vengo de parte del festival —no entiendo lo que dice. Sé que me habla, pero me niego a creer que enviaron a este hombre en este auto por mí—. *Movies. Festival. Hello.*

Me muestra una credencial donde indica "International Horror Festival El carnaval del diablo, Gabriel Rivera".

—*Hi. Nice to meet you. Where is Antún?*

—Uy, *lady*… Antún está ocupado. *Business*. Yo, Gabriel, la llevo —me habla con gestos que me hacen sentir como un orangután que no comprende nada.

Abre la cajuela desde adentro del automóvil. Hago señal de que la maleta está pesada para que me ayude a subirla, por favor. Él saca unos dulces de la guantera que come con avaricia y simula no verme, aunque sé que se dio cuenta. Maldita sea.

Todavía puedo volver, puedo mandar esto al infierno y regresar a mi hogar. A mi monótono hogar con mi Cindy gritando que me necesita y el pésimo sexo con mi esposo que me hace sentir que me coge por lástima. Siempre tan limpio, que corre a bañarse para quitarse mi sudor. Sabe, porque él lo sabe, que hay tantos que quisieran estar en su lugar, tantos que aún desean mi piel, mis besos, mi sexo… Regresar a la mirada de mi abuela que adora a su bisnieta, quien todo el día está sentada esperando que Cindy sonría y sea feliz, y anhela que yo haga lo mismo porque "¿Escribir? No, lo importante ahora es tu hija. Ya deja tus tonterías de sustos". Tan malo es querer algo diferente de lo que ellos esperan de ti.

¿Volver? Miro hacia las montañas. Una aventura.

Azoto la cajuela. Al diablo con todo.

Entro al asiento del copiloto y sonrío.

Gabriel arranca con singular rapidez. A través de los espejos observo el humo que vamos dejando detrás.

Si hubiera puesto más atención, habría observado al hombre de las cejas alborotadas sacarme más fotografías desde el vehículo rojo que estaba esperando más adelante; sin embargo, mi mente está inmersa en la posibilidad, lejos de casa, de todo lo que puedo ser con mi personaje que me esforcé por construir y que ahora me mata de aburrimiento.

Él

Kisín es mi Alfa y mi Omega. Mi principio y fin. Y yo soy lo que es y lo que era y lo que ha de venir.

Fui el reflejo de las falacias en las que les encanta regodearse. No pude relacionarme en toda la vida con nadie porque no estaban a la altura. Eran simples, aburridos, sin más tema que lo que sucedía en el municipio, el chisme local. ¿Qué podía esperar de ellos? ¿Cómo es que no se daban cuenta de mi grandeza? No me interesa seguirlos porque no me importan. Les encanta sufrir y yo no toleraba el dolor, no le veía sentido. Quería ser todo porque lo merecía.

Ella, Chloe, es especial. Admira a la gente como yo.

El Beetle transita por la carretera de un carril. Chloe abre la ventana con la manija e inhala el viento que enfría sus pulmones. Despeja un poco el calor del auto que no tiene aire acondicionado y del tufo de Gabriel, quien no ha dejado de comer golosinas todo el camino.

Admira los colores. Los verdes son intensos, es como si viera todo a través de un filtro polarizado.

El cielo es demasiado azul, le recuerda a Chloe los que Cindy pinta en sus ilustraciones infantiles: las nubes redondas, el sol de amarillos cálidos, el camino recto. "Quizá todo salga bien", reflejan sus ojos por un segundo, un dejo de esperanza que sé que es por Antún. Es lo que él provoca en las mujeres que conoce. Antes de que me mataran vi esa mirada cientos de veces en jóvenes reflejadas en sus pupilas.

En algunos puntos de la carretera hay casas que parecen construidas por manos enanas; dispersas, podrían estar abandonadas. Algunas chimeneas encendidas, con el probable desayuno, indican que alguien las habita. O eso queremos creer.

Chloe fantasea con que es el fin del mundo. Imagina cosas así todo el tiempo, por eso la escogimos. Contempla el bosque frondoso donde las copas se interponen una a otra pareciendo un solo árbol gigantesco, las cordilleras dormidas, y cree que es la última mujer en el mundo.

Todo contrasta con la suciedad del auto, los restos de comida en el piso, la radio rota y Gabriel silbando el inicio de una canción en un *loop* molesto. Atisba los brazos de Chloe, con esas cicatrices que los parten en dos como ríos secos de dolor.

La navaja en sus manos, el punzante dolor de las cortadas, el llanto de la bebé recién nacida afuera, los dientes rechinando, el agua cubriendo el cuerpo, la sangre naciendo del intento, diluyéndose con el agua de la tina. Ella convertida en un cliché de sus historias

se deja ir en la paz que buscaba. Ya no le importa que la niña grite porque tiene hambre, que Cillian la ame demasiado, que no haya cobrado las regalías que le correspondían o que la encuentren desnuda en su baño sin vida. Ya nada es relevante. Ya se va a otro plano, a la nada. Los brazos de Cillian arrancándola de esa aparente tranquilidad, el doctor reanimándola, las heridas cosidas con prisa, la sensación de la mirada de los otros culpándola por querer abandonar todo. Yo jamás hubiese querido terminar con mi vida, a pesar de que soy demasiado para la gente, tan simples que son.

Cada que Chloe mira las heridas, los recuerdos de ese día se agolpan como si recién hubieran sucedido. Procura siempre usar pulseras o manga larga que las cubra, no por vergüenza, sino para evitar preguntas o miradas como la de Gabriel.

Chloe se concentra en la lectura. Tiene en sus piernas un libro *Cadáveres,* con su nombre como autora y la portada con una fotografía que muestra gotas de sangre en un vidrio y una mano muerta pegando en él como si quisiera salir del ejemplar. A ella no le gusta releer sus libros porque nunca son suficientes. Sus historias terminan por aburrirle también y cree que pudo haber escrito algo mejor, aunque la crítica diga lo contrario: cada uno es superior al anterior. Éste debe repasarlo porque el editor le pidió que le marcara las erratas de las que ella se queja y que el corrector de tanto leerlo ya no ve.

Lo escribió en tres noches de pesadillas, intentando escapar del pene dormido de su esposo. Todos sabemos que no es porque no la desee, es porque aparentar que

no le importa le da el poder que el éxito de Chloe le arrebató. Es la única forma de rebajar su autoestima al nivel de la suya.

El sexo y el miedo son poder, mueven al mundo más que el amor.

El celular de Chloe vibra rescatando una raya de señal. Los mensajes se atropellan como si la media hora que lleva en el automóvil fueran ya años. Correos electrónicos de su agente que ella no revisa, notificaciones de redes sociales y un mensaje de Antún, el único que la hace morderse el labio inferior en ese gesto tan suyo.

"*Hello, sweetheart*".

"*I miss u, Antún, what time are you arriving to the fest?*".

La respuesta llega de inmediato: *"On my way,* XX".

Ella, satisfecha y sonriente, guarda el teléfono en su mochila. Abre su libro.

—Me dijeron que escribe de terror. ¿Por qué le gusta eso, güerita? —Gabriel detiene un segundo los dulces en su boca.

—*Sorry, I don't speak Spanish*.

—*Terror. Book* —señala el libro. Al hacerlo, el auto derrapa un poco. Chloe se aferra al asiento y checa que su cinturón esté bien amarrado. ¿Por qué Gabriel ni siquiera se esforzó por aprender más vocabulario en inglés? No le costaba más que un par de días en los que prefirió seguir tragando para engordar su incómoda humanidad.

—Sí, horror —medio sonríe amable. Lo está intentando—. Escribo… horror. *I like to scare people.*

—¿Le gusta asustar? Ya sabía, sé todo de usted, no se crea, tiene un don. ¡Bu! —suelta de nuevo el volante para hacer como que la asusta de forma ridícula. Ella sí brinca, pero del miedo que le da que vayan a chocar. Intenta mantenerse calmada.

—*What time… mmm… hour?*

—Vamos a hacer unas tres horas de camino, güerita. Así que usted aguante. *Three* —señala el camino. Ella asiente y se resigna. Vuelve al libro. Cabecea. No quiere quedarse dormida y que la mire este hombre extraño del que sólo conoce un gafete. Intenta resistir al sueño.

Él no deja de comer, como si su boca debiera permanecer llena en todo momento, cada vez más avorazado, engulle galletas, las termina, después una bolsa de papas, un chicle que pasa con refresco. Acelera, el auto se queja, rebasa algunos vehículos que parecen perdidos en un sueño por la soledad de la carretera.

Chloe resiste, fija su vista en el paisaje, algún lago a la distancia como espejo del cielo, los árboles con su verde sugestivo y sano, campos de siempre ocres, casas con tejas rojas y paredes blancas que parecen recién pintadas.

—*This is so beautiful*.

Encuentra una posición en donde los resortes del asiento no se le claven en las piernas. Mira el reloj de su celular, según Gabriel faltan tres largas horas. Ve con desgano su libro, decide no corregir nada, que lo haga el editor, que para eso tiene su comisión, además excelente, por las ventas.

Cierra los ojos un segundo en donde la imagen de Antún reemplaza al paisaje. Detrás de él, Cillian, con

su mirada de mar la observa. Chloe agita su cabeza como si con eso lo expulsara de sus fantasías.

Se fija en los dedos gordos de Gabriel sobre la palanca de velocidades que tiene desdibujados los números y truena cada que acelera o frena.

"Si nos quedamos aquí varados podría pasar cualquier cosa. Alguien podría asesinarme y jamás encontrarían mi cadáver. Me comerían los perros salvajes". Podemos leer su pensamiento que, contrario a cualquier ser humano que se considere normal, a ella la tranquiliza. Le gusta la muerte, es su aliada para escribir sus historias. La calma descuartizar, desollar, cercenar cabezas de sus personajes. Disfruta cuando debe leer frente a otros y éstos la miran con ojos de "deberías escribir algo más bonito, algo de amor". Y aun así compran todos sus libros, las ediciones especiales, las de pasta dura, las numeradas y autografiadas. Y puede dar a Cindy la vida que ella no tuvo de pequeña y restregarlo en el rostro de Cillian a quien aún le queda un dejo de esperanza en sus ojos áureos escondidos en las ojeras.

Chloe dormita un minuto. O eso cree.

Christian

Te miro, Chloe, desde el libro, mi creadora, paralizada como lo hiciste conmigo. Lo disfruto desde la mirilla de la puerta a la que me confinaste. Estás dormida pero no sabes que sueñas.

Tus músculos se tensan. Abres los ojos como dos persianas rotas. Estás de pie en medio de la habitación que se transforma en un bosque plagado de oscuridad y sonidos inseguros.

Entumecida, intentas gritar; abres la boca: no hay sonido.

La calígine se enreda en tus piernas y repta por tu cuerpo mientras se escurre de los troncos gruesos. Algo va a suceder, se percibe en el ambiente. Ese suspenso de que algo, en cualquier momento, saltará hacia ti. Lo conozco bien. Siempre que me dejas en silencio, cuando estoy solo, yendo hacia mi propia oscuridad. Algo me persigue, salta detrás de mí, el lector libera el suspenso que ha retenido quizás incluso con su respiración.

Ahí viene.

En un eco terrible sólo se oyen tus latidos. Cada vez más lentos, recordando a un corazón que se detendrá pronto. Temes morir, que este cuarto extraño sea tu último recuerdo.

Con un siseo sutil algo araña el camino detrás de tu cuerpo.

Intentas moverte, no es posible. ¡Ésta es una pesadilla, Chloe! ¿Qué no te encanta que vivamos en ellas? No lo disfrutas, ¿verdad? ¡No es lo mismo ser uno de tus personajes! ¡Sufre como nosotros!

Escuchaste mi voz. Lo sé. Miras directo hacia esta puerta donde me escondo. No, no, perdóname. No me hagas salir de aquí, no me escribas más, déjame tranquilo.

Las plantas rompen el piso resistiéndose a estar debajo, como si fueran manos delgadas y verdosas se abren paso entre la madera y el bosque nace.

De entre las yerbas, se distingue un perfil lóbrego. Si te fijas bien verás que es un hombre atento a ti, Chloe. Te acecha. Tal vez siempre ha estado ahí y sólo es la primera vez que lo percibes. Es la pesadilla que tenías de niña, es el monstruo debajo de la cama, son los recuerdos que te niegas a soltar.

La sombra se agacha como un león a punto de saltar. Tú eres la presa. No puedes hacer nada para impedirlo.

Ya viene.

Tu pavor transpira con finas gotas que resbalan de tu frente hacia tus ojos que arden. El eco de tu palpitar rebota en estas paredes que son también tu cuerpo. Estás atrapada en ti misma.

El grito intenso de una mujer que sufre, llora y espanta al ser oscuro, pero te eriza la piel y te contagia del miedo.